

JÉSSICA SÁNCHEZ ESPILLAQUE, *El problema historio-filosófico del humanismo retórico renacentista*, Centro de Investigaciones sobre Vico, Colección Nueva Mínima, Sevilla, 2009. 150 páginas.

Aunque este libro se presenta con la unidad de un tratado, no lo parece una vez leído. La impresión que deja al lector es la de una reunión de trabajos bastante dispares.

Resulta atractivo ver que una investigadora de habla española, y vinculada a un prestigioso núcleo de investigación, se plantea una revisión de algunos lugares comunes de la interpretación histórica.

En principio la autora se cuestiona la interpretación predominante hoy en día del concepto de Renacimiento y muestra sus dudas sobre los vínculos que se le atribuyen con el de Humanismo. Para Sánchez Espillaque la relación entre estos dos términos es “un problema de ida y vuelta”, como se lee en el Índice. Y, no satisfecha con las interpretaciones existentes hasta la fecha, se introduce en la polémica y aporta sus reflexiones.

Su trabajo se presenta dividido en dos partes: una primera, en la que se revisa el problema que supone para la ciencia histórica la idea de Renacimiento; y una segunda, en la que, una vez analizado lo que la autora entiende como mistificaciones o errores, se plantea abiertamente la posibilidad y la necesidad de un renacer del Humanismo. El objetivo es una mejor comprensión de ambos conceptos para intentar mejorar la situación de las humanidades, lo que sólo se podrá hacer “a la luz de la rehabilitación del humanismo filosófico y retórico” (p. 15).

Sánchez Espillaque es partidaria de esa rehabilitación del humanismo que cree imprescindible para llegar a un “pensa-

miento *integral*” y apartarse de las limitaciones de una razón hipertrofiada y un escolasticismo estéril. Para ella, ese modelo ideal se encuentra en buena medida en el humanismo retórico (p. 13), al que intenta aproximarnos con un estudio cuidadoso de sus fuentes.

En medio de la era tecnológica (p. 14) en la que vivimos, nuestra autora considera importante una recuperación del humanismo renacentista que no se limite a ser historiográfica. Su propuesta es un humanismo filosófico y retórico. Todo ello se hace necesario porque, para conocer al hombre actual, se hace preciso “proveernos de un humanismo, aunque no de uno cualquiera, sino de un humanismo ‘integral’” (ibidem).

A partir de aquí el recorrido de su estudio por autores renacentistas es interesante y nos aporta valiosas reflexiones y datos sobre figuras importantes de este período, principalmente italianas. En contraposición al Humanismo, parece dibujarse la *barbarie* escolástica, quizá debida al “logicismo y la influencia de la física aristotelizante” (p. 32). Los humanistas consideran que el modo de pensar escolástico “es demasiado abstracto” y que ello provoca “el olvido de la realidad y del hombre concreto” (ibidem).

Sánchez Espillaque se detiene en ese rasgo humanista de presentar el pasado medieval como una época oscura, sin verdaderos sabios, que había conducido a una época de corrupción “de casi todos los aspectos de la vida” (p. 35). Nos enseña

que el Humanismo abandona la valoración teológica de la historia para verla como el resultado del trabajo del hombre, “como un producto humano” (p. 36). A partir de aquí señala el contraste de ese Medioevo, al que ven como *secoli tenebrosi*, con una *Éta moderna* (ibidem) luminosa; y con buen criterio revisa y analiza los argumentos aportados en ambos sentidos. Unas páginas bien interesantes en donde el texto recoge las razones con las que eminentes autores como Leonardo Bruni (1370-1444), Flavio Biondo (1392-1463), Giovanni Pico della Mirandola (1463-1494), Francesco Guicciardini (1482-1540) o Michel Montaigne (1533-1592), entre otros, articulan el surgimiento de una nueva conciencia histórica (pp. 36ss.). En todos ellos ya apunta la gran importancia de la historia como ciencia matricial, “la historia como *maestra*” (p. 40), la historia “como tutora del ser humano” (p. 41), una historia con “una función pedagógica y moral, además de su uso político” (p. 40). Resultan muy interesantes y valiosas sus referencias al gran maestro Lorenzo Valla (1407-1457) con su insistencia en la recuperación de la lengua latina para, a través de su restauración, recomponer con ella “todas las disciplinas” (p. 33). Curiosa fascinación filológica que pasará a ser más tarde “admiración total hacia el modo de vida clásico” (p. 42).

Resulta didáctica también la mención oportuna de la relación entre la Iglesia Católica y los humanistas, con importantes figuras favorecedoras del humanismo como los papas Nicolás V (1447-55), Eneas Silvio Piccolomini, después Pío II (1458-1464), o León X (1513-1522), miembro este último de la familia de los Médicis (p. 50, nota 29).

Sin embargo sorprende que Sánchez Espillaque utilice para su análisis el *ars disputarix* más escolástico, método con el que confronta las principales interpretaciones del humanismo renacentista. Su investigación comienza con un estudio terminológico de los conceptos de Renacimiento, Humanismo y *studia humanitatis*, para mostrar después “las más relevantes interpretaciones del Humanismo” (p. 15), todo ello encaminado a compararlas finalmente con la interpretación de Ernesto Grassi (1902-1991), autor que asoma como referencia máxima. Ello la conduce necesariamente al “debate historiográfico” generado en torno a los límites entre el pensamiento medieval y el renacentista. Una discusión con dos posturas enfrentadas, la rupturista y la continuista, que se ha extendido “desde el período renacentista hasta nuestros días” (ibidem).

Sánchez Espillaque encuentra así, de un lado, la posición de estudiosos eminentes como Jacob Burckhardt (1818-1897) o Jules Michelet (1798-1874), quienes sí hallaron una ruptura clara entre el pensamiento medieval y el renacentista; del otro, presenta la “revuelta de los medievalistas” de finales del siglo diecinueve y principios del veinte, que no aceptaban esa caracterización de la cultura medieval a la que veían por el contrario como muy luminosa y avanzada (p. 16).

Todo ello prepara el camino a un capítulo cuarto en el que la autora prestará “una especial atención a la tesis continuista” (p. 16) a través de la obra “del gran historiador y estudioso del Renacimiento Eugenio Garin” (1909-2004), en la que encuentra una interpretación coherente de la relación entre ambos períodos, la Edad Media y el Renacimiento (ibidem).

Una vez dilucidado lo anterior, el campo está preparado para que aparezca la necesidad de rehabilitación del pensamiento humanista. Ese será el principal objeto de estudio de la autora en sus dos últimos capítulos, cuando ya será el “momento en que entraría precisamente en escena Ernesto Grassi” (ibidem).

Es de agradecer la claridad con la que Jéssica Sánchez Espillaque nos explica la planificación de su trabajo y eso ayuda a que el lector sepa cuál es su propuesta y por dónde le lleva.

A pesar de que la autora intenta en todo momento reivindicar valores de la retórica, resulta chocante que a la hora de ejecutar su plan de trabajo se muestre un tanto escolástica. Ya hemos mencionado su utilización práctica del *ars disputatrix* de las escuelas, y deberíamos añadir a ello su recurso al historicismo como fundamento de su metodología. El tono exhortativo de sus textos, reivindicativo y a veces de alegato, nos hace echar en falta una cierta sustancia musical ausente.

El texto fluye siempre hacia adelante con un planteamiento predominantemente ejecutivo, recurriendo con frecuencia a un modo imperativo que obstaculiza un tanto la expresión y sobrecoge el espíritu del lector más tímido. Igualmente confunde a veces el juicio con la sentencia apresurada, lo que lleva a la autora a emitir opiniones muy estrictas y discutibles sobre figuras tan grandes como Ernst Cassirer (1874-1945) (p. 68). Expresiones como “cometen el error”, “no olvidemos”, no son en este caso recursos expresivos, sino componentes de una manera vigilante de hablar que no ayuda al texto ni a la intención retórica de su autora. Es difícil admitir la estridencia de expresiones como “no yerra al creer

que aún queda mucho por investigar” con el que nuestra colega, a la que suponemos una joven investigadora, se refiere a un maestro como Étienne Gilson (1884-1978) (p. 77). Se puede comprender que un investigador hable con entusiasmo de sus valiosos maestros, una *laudatio* intensa; pero resulta incómodo aceptar la *vituperatio* o el juicio sumarísimo de figuras sobresalientes del pensamiento moderno, como René Descartes (1596-1650), Francis Bacon (1561-1626), Wilhelm Dilthey (1833-1911), Georg Friedrich Hegel (1770-1831), Johan Huizinga (1872-1945), Hans Baron (1900-1988), Giovanni Gentile (1875-1944), Paul Oscar Kristeller (1905-1999), Federico Chabod (1901-1960) y tantos otros como aparecen mencionados en su texto.

Narrar para comprender y para enseñar al lector lo que ha significado la obra de maestros tan respetables como los que estudia la autora es francamente arriesgado. Y el problema se agudiza cuando se adopta una visión historicista en la que unos autores se suceden a otros contradiciéndose, superándose o continuándose. Sobre todo cuando se está hablando de figuras de la talla de los que el libro, con buen gusto y criterio, selecciona. Esta manera rotunda de redactar, “de forma tajante” (p. 73), por usar palabras de la autora, a veces no aporta la claridad esperada.

Hay un punto especial en el que se hace necesaria una observación. En la culminación de su obra, Sánchez Espillaque exige el restablecimiento de “una nueva consideración de la filosofía”; una nueva manera de pensar que no sea exclusivamente racional sino además “retórica e imaginativa” (p. 134), tal y como “los humanistas retóricos” renacentistas postu-

laban (p. 134). Lo que ocurre es que, con su insistencia en el *verbum* y el *logos clásico*, nuestra autora da la impresión de que no aprecia la trascendencia germinal del silencio en la retórica. Sensación que se incrementa con la falta ya aludida de referencias musicales. Igualmente sorprenden la nula referencia al principio de identidad aristotélico o a Marco Fabio Quintiliano (*circa* 39-95). Llamam también la atención algunos detalles filológicos que no caben en un libro como éste, abanderado del

humanismo. Se observan algunos errores incompatibles con la vocación filológica de la obra, confusiones de “deber de” con “deber”, o faltas de sintaxis que probablemente no sean más que consecuencia de cierto apresuramiento en la publicación. Y algún descuido que incomoda gratuitamente al lector, como anunciar una cita que luego no se nos da, caso de la número 147 en la página 86.

JAIME MACABÍAS